PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

El paño de lágrimas

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

EL PAÑO DE LAGRIMAS

EL PAÑO DE LÁGRIMAS

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Estrenado en el TEATRO LARA el 7 de Diciembre de 1914

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

Al saladísimo primer actor

Rogelio Juárez

sus admiradores y amigos agradecidos,

Muñoz Seca y Pérez Fernández.

Madrid - Diciembre - 1914.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA ROSA	Srta.	Alba.
MARGARITA		Pardo.
NIEVES		Moneró.
OLIVA		Herrero.
TINA		Canto.
JUANA		Seco.
DON POLI	Sr.	Peña (R.)
DON CELESTINO		Mora.
DON GON		Isbert.
LEÓN		Balaguer.
FRÍAS		Peña (L.)
OLIVARES		Tordesillas.
MONTILLA		Zaragozano.
DON CARMELO		Pérez Indarte.
DOMINGO		Prieto.
ANTONIO		Prieto.

ACTO PRIMERO

Sala modestamente amueblada. Puerta de entrada en el fondo, dos en el lateral derecha y tres en el lateral izquierda. A cada lado de la puerta del fondo hay un gran retrato: el de don Celestino Hueso, á la derecha, y á la izquierda el de una señora cualquiera. En el ángulo del foro izquierda hay un chubesqui sin tubo, y en el techo un gran boquete redondo, donde debe enchufar la tubería que falta. Es un buen día de primavera. La acción en Madrid. Época actual.

—

(Se levanta el telón y están en escena MARGARITA, LEÓN y JUANA doméstica de la casa. Juana, subida en una silla, se dispone á descolgar el retrato de la señora y á sustituirlo por otro gran retrato que tiene en la mano y que pertenece á doña Rosa Pierna, heroína de esta comedia. Hay que advertir que Margarita, joven de veinte años, es linda, lindísima, pero más tonta que Lepe; que León, muchacho como de veinticinco Abriles, ostenta cierto empaque de artista, y que Juana, la doméstica, es andaluza cerril y habla tan sumamente deprisa, que cuesta Dios y ayuda enterarse de lo que dice.)

Juana (Por el retrato.) Bueno, en fin, ¿qué hago? Lo cuelgo ó no; lo cuelgo ó no?

León ¿Eh?

Marg. ¡Jesús, hija, qué manera de hablar! ¿Qué dices?

Juana ¿Que si lo cuelgo ó no?

Marg. ¡No!

León Sí, Margarita, hay que obedecer á papá.

Marg. ¡Papá!... ¡Bueno está papá! (Juana descuelga el retrato que había, y pone el nuevo en su lugar. Luego hace mutis por la segunda puerta de la derecha, deja dentro el retrato descolgado, vuelve á salir, atraviesa la escena y hace mutis por la primera puerta de la izquierda.)

León ¡Qué disparate!... ¡A sus años!... (Contemplando el retrato.) ¡Con esa esfinge!... ¡Y mandarnos el retratito por delante!

Marg. ¡Ea! Pues no. No me resigno, León.

León ¿Pero, qué podemos hacer nosotros, criatura?

Marg. Algo, no sé; pero yo no me resigno. ¿Por qué no consultamos el caso con don Poli?

León Tienes razón. Voy á llamarle. (Dando voces y mirando al techo.) ¡Don Poli!... ¡Don Poli!

Marg. (Idem.) ¡Don Poli!

León Calla: me parece que ha contestado.

Marg. No.

León Pues en su casa está. (Llamando.) ¡Don Poli!

Poli (Asomando la cabeza por el boquete del techo.) ¿Qué hay? Hace media hora que estoy contestando. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Qué sucede, porras?

Marg. ¡Ah! ¿Está usted ahí?

Poli ¿No lo estás viendo, jinojo?

León Buenos días, don Poli.

Poli Buenos días.

León ¿Cómo está usted?

Poli (Rizando el rizo y muy incomodado.) ¡Porras! ¿Cómo quieres que esté? ¡Molestísimo!

León Dispénseme usted, don Poli, pero tenemos necesidad de hacerle una consulta.

Poli Pues abrevie, pollo, porque se me está bajando la sangre á la cabeza.

León Entonces mejor será que tenga usted la bondad de pasar.

Poli No seas tonto, joven; ¿no ves que no quepo?

León Digo bajar y entrar en esta casa.

Poli Voy en seguida. (Desaparece.)

Marg. Me parece que está de mal humor, León.

León ¿Y cuándo no? ¿Lo has visto tú reir alguna vez? Yo escribo tragedias, pero él parece que las está representando constantemente. Hasta cuando cobra su enorme renta, coge los

billetes con las manos crispadas y con un gesto digno de Zaconi. Es un tipo notable.

Marg. ¡Mira que dice disparates cuando habla!

León En eso carece de rival. Parece imposible que un hombre tan analfabeto haya logrado reunir una fortuna tan considerable.

Juana (Por la izquierda y hablando más de prisa que nunca.) Ya están preparadas las habitaciones, señoritos.

Marg. ¿Qué dices?

Juana (Como antes.) Que ya están las habitaciones preparadas, señoritos.

León ¿Quieres hacernos el obsequio de hablar más despacio?

Juana Sí, señorito. (Muy despacio.) Que a-ca-bo de (Como un tiro.) arreglar las tres habitaciones, señoritos.

Marg. Bueno, bien, márchate.

Juana Una pregunta.

Marg. Di.

Juana (Muy deprisa.) ¿Van á estar mucho tiempo en casa esos señoritos que vienen?

Marg. ¿Qué?

Juana Que si van á estar mucho tiempo esos señoritos que vienen.

Marg. Sí, mucho tiempo; toda la vida.

León ¿Por qué?

Juana Porque serví á tres, no es serví á siete.

Marg. ¡Claro!

Juana Y yo no me quedo con treinta reales.

Marg. ¿Qué?

Juana Que vayan buscando, porque me voy. (Muy despacio.) Que me voy si no me dan tres duros.

León Qué claro te ha salido eso. (Suena el timbre.)

Juana Las cuentas claras.

Marg. Bueno, ya discutiremos ese punto. Abre la puerta.

Juana (Haciendo mutis por la puerta del foro.) ¡Sí, señorita!

León Ya ves: primera complicación; y tiene razón la muchacha.

(En la puerta del foro aparece la trágica figura de DON POLI. Este don Poli de nuestras culpas, es un buen señor, como de cincuenta años, con cara de juez, gesto de verdugo y mirada de antropófago. Acciona siempre

en melodrama. Gasta un bigote con las guías hacia abajo y se peina con los pelos en punta. Como baja de su casa, se presenta en zapatillas.)

Poli Buenos días. Ante todo. (A León.) ¿No se tratará de ningún sablazo, eh?

León No, señor; pierda usted cuidado.

Poli Ni de la lectura de ninguna de tus tragedias.

León Nada de eso.

Poli Tampoco se tratará de ningún concierto wagneriano, ¿eh? A mí *Parsifales* no.

Marg. (Suspirándolo.) No, don Poli; desgraciadamente no estamos para músicas.

León Pase usted, don Poli.

Poli Hechas las anteriores observaciones, paso. (Entra.) Vamos á ver qué gaita se os ha roto.

León (Dándole una carta.) Tome usted.

Poli (Escamado.) ¿Qué es esto?

León Una carta de papá. Ya sabe usted que marchó á Barcelona...

Poli ¡He dicho que sablazos no!

León No, don Poli; no es un sablazo; es algo más fuerte, más duro.

Marg. Es una tragedia.

Poli (Disponiéndose á marchar.) Hasta luego.

León (Deteniéndole.) Por los clavos de Cristo, don Poli: lea usted. Necesitamos su consejo.

Poli ¿Eh?... ¿A ver? (Toma la carta y lee.) «Barcelona, tantos de tantos, etc. Queridísimos hijos de mi vida. Cien veces he comenzado á escribir esta carta, y noventa y nueve veces la he roto: no me salía el exordio. Pues bien, prescindo del exordio. Me he casado.» (Tembloroso, dejando de leer, estrujando el papel.) ¿Eh? ¿Qué dice este papel? ¿Qué dice este melón? ¿Leo yo mal? ¡Por fuerza! A ver, León, lee. (Le presenta la carta.)

León «¡Me he casado!»

Poli (Dirigiéndose al retrato que pende de la pared del fondo.) ¡Idiota!... ¡¡Idiota!! A ver, hazme el favor de descolgar á tu padre, que quiero llamarle idiota más cerca. ¡Primo!... ¡¡Imbécil!! De manera que le consigo un destinejo; y en cuanto se ve con cuatro miserables perras gruesas, se casa... ¡Quiá, hombre, quiá!

León Siga usted, don Poli.

Poli (Leyendo.) «Hijos míos, corazones míos, peda-

zos de mis entrañas...» (Dejando de leer.) ¡Todo esto es coba; indigna coba! (Leyendo.) «Teneis una nueva madre, cariñosa.» ¡¡Celestino Hueso, eres una nutria!! (Al retrato.)

Marg. ¿Qué le parece á usted?

Poli Un crimen. Mal hizo en casarse la primera vez, y la prueba está en vosotros, ¡par de bestias! pero olvidar la promesa que me hizo la noche que murió la pobre Leona, vuestra madre... ¡es abyecto, impunible!... «¡Poli!—me dijo—¡no volveré á casarme! Una y no más, como hizo Santo Tomás!»

Marg. Santo Tomás no se casó, don Poli.

Poli Me alegro por él. Ya me extrañaba á mí que el sabio que escribió la Santa Biblia ..

Marg. Tampoco escribió la Biblia, don Poli.

Poli (Colérico.) ¡Me da lo mismo, niña! Y tienes tú muy pocos años para corregirme á mí, ¡á mí!

León Dispénsela usted, don Poli.

Poli Aquella noche, noche triste, no ha debido olvidarla vuestro padre jamás. ¡Qué cuadro aquel! ¡El cúmulo, el cafatalco, el férretro, los seis blandones encendidos!... ¡Qué película!

León ¡Pobre mamá!

Marg. ¡Ay, mamá!

Poli ¡Qué noche aquella! (Mirando al cuadro.) ¡Y este reinoceronte!... No, si á mí no debía extrañarme esta fechoría. Si él no hacía más que decirme que la viudez era muy triste; que á todas horas sentía la neuralgia del bien perdido.

Marg. Nostalgia.

Poli ¿Eh?

León Nada, lea usted, lea usted, don Poli.

Poli «Teneis una nueva madre, una madre tierna y otras tres queridas hermanas...» ¡Porras!

León ¿Eh?

Poli (Dando la carta á León.) Toma: he roto toda clase de relaciones con vosotros. Que enchufen mañana la estufa y que tapen esa orificación. Hemos terminado. Buenos días.

Marg. ¡Don Poli!

León ¡Pero don Poli!

Poli Es mi última palabra. ¡Que enchufen!

León ¡Pero, si todavía no ha leído usted lo peor!

Poli Pero, ¿qué es lo peor?

León Que vienen hoy.

Poli ¿Que vienen hoy?... ¡A esta casa! ¡Oh! Esto es ya pelar con el cero. ¡Cuatro bocas más!... ¡No, esto no puede quedar así!... (Leyendo.) «Vuestra madre, á la que, cuando recibais esta, estareis próximos á abrazar, pues llegaremos en el mixto, se llama doña Rosa Pierna.» (Resueltamente.) ¡Me quedo!

León ¿Eh?

Poli ¡Me quedo! Yo sabré hacer lo que cumple á un amigo. (Al retrato.) ¡Primo! ¡La que te espera!... Para completar la familia te hace falta una suegra. Pues, bien, ya la tienes... ¡¡Yo!!... ¡¡Mírame!!... ¡¡Yo!!...

Marg. (Por el retrato de doña Rosa.) Vea usted la que viene á usurpar el lugar de mi madre.

Poli ¿Esa? ¿Pero, ya está ahí? ¿Y yo no le he dicho nada? (Encarándose con el retrato.) ¡Señora! Conque Pierna, ¿eh?... Pues, bien: ¡pata! (Suena un timbre.) ¿Han llamado?

Marg. Sí.

Poli (Consultando el reloj.) No pueden ser ellos, ni las hermanitas, porque no es la hora del mixto.

León No; si las queridísimas hermanas no vienen de Barcelona; están en Madrid, en casa de una tía. No hacen más que cambiar de domicilio.

Poli Muy cómodo. ¿Y tienen ya preparadas sus habitaciones?

Marg. Sí; les hemos dejado esa ala. No queremos trato ni roce.

Juana (Por la puerta del fondo.) ¡Señoritos! Tres señoritas que preguntan por los señoritos; tres señoritas...

León ¿Eh?

Poli ¿Qué dice esa chicharra?

Juana ¡Tres señoritas, tres señoritas, tres señoritas!

Marg. ¡Ellas! ¡No quiero verlas!

León ¡Ni yo!

Poli *¡Idos!* yo me encargo de recibirlas.

León Gracias, don Poli.

Marg. Vamos.

León Vamos. (Hacen mutis por la derecha.)

Poli (A Juana.) Que pasen. (Vase Juana por el fondo.) ¡He de hacerles la vida imposible! (Mirando á

los retratos del fondo y levantando amenazador ambos puños como si fuese á abrazar á alguien.) ¡Ah!... ¡Aaaaaaaaah!... (En este momento entran en escena por la puerta del fondo NIEVES, OLIVA y TINA, los tres pimpollos de doña Rosa.)

Neives (Con cierta cortedad y despego.) ¡Papá!

Poli ¡Un cuerno!

Nieves ¿Eh?

Poli No soy el papá; soy la abuela de ustedes.

Nieves ¿Cómo?

Poli Ya lo verán. Pero, pasen, pasen. (Entran.)

Nieves De manera que. . (Con ironía.) papá y mamá ¿no han llegado todavía?

Poli No, señora; pero aquí estoy yo para hacer á ustedes los honores; soy un amigo de la casa, un hombre sesudo que no está loco como ese idiota. (Por el retrato.)

Nieves ¿Quién es? (Mirando el retrato.)

Poli ¡Ah! ¿Pero no le conocen ustedes? Pues tengo el gusto de presentarles de medio cuerpo á vuestro novísimo padre don Celestino Hueso.

Oliva ¡Uy, qué feo!

Tina ¡Qué tipo!

Nieves (Severamente.) ¡Niñas!...

Poli Déjelas usted, porras; si dicen la verdad. ¿Es acaso alguna Venus del Nilo ese regenerado, ese imbécil? (Encarándose con el retrato.) ¡Imbécil! ¡Mira, hombre, mira lo que se te entra por las puertas! ¡Mira qué tres calamidades!

Nieves Es usted muy amable.

Poli (Por el retrato de doña Rosa.) Supongo que á esa... señora no tendré que presentarla, ¿eh?

Nieves Nos la sabemos de memoria.

Poli Y me figuro que sabrán ustedes que cuentan con dos hermanos más.

Nieves Sí, señor; mamá nos lo dice en su carta. Aquí está. (Leyendo.) «Queridísimas hijas de mi vida.»

Poli ¡Coba!

Nieves (Leyendo.) «Cien veces he comenzado á escribir esta carta, y noventa y nueve...»

Poli Basta, joven; como la otra. El estilo me es proverbial. Todo eso es coba, indigna coba.

Nieves (Estrujando la carta.) Sí, señor; pero le juro que no ha de valerle.

Poli (Complacido.) ¡Hola!

Nieves ¡No necesitamos padrastro!

Poli Muy bien. Así me gusta.

Nieves Sabemos hacer labores; sabemos trabajar, y para ganarnos la vida con nuestras manos... no necesitamos padrastro.

Tina ¡Eso! ¡Vámonos de aquí!

Oliva Sí; es lo mejor.

Poli Poco á poco, niñas. ¿Qué es eso de marcharse? De ninguna manera. Esta casa es la casa de vuestra madre; tenéis á ella perfecto derecho. ¡Marcharse!... ¡Estaría bueno! ¡Quiá! (Suena un timbre.) ¡Ya!

Nieves ¿Eh?

Poli Ahí deben estar ya, vuestra madre y vuestro...

Nieves No; no pronuncie usted ese nombre, caballero. Ese señor no es nuestro padre.

Oliva ¿Cuáles son nuestras habitaciones?

Poli Aquellas.

Oliva Vamos; no quiero verle.

Poli Sin embargo... (Quedan las tres con las manos en los picaportes.) (¡Hay que exacerbarlas!) Sin embargo, es vuestro padre.

Nieves No; nuestro padre, no.

Poli Sí; la verdad, es evidente; ahora, el que impondra su voluntad, es éste.

Las tres ¡No!

Poli Sí, su voluntad. Para el otro, para el que murió, sólo tendrán ustedes un recuerdo, y ya que está en el cielo, santificado sea su nombre, pero hágase la voluntad...

Nieves ¡No! ¡El padre nuestro, no! (Hacen mutis las tres á un mismo tiempo.)

Poli (Muy satisfecho.) ¡Eso! ¡Así! Enemigos encarnizados. Bueno; todo hombre que se casa es un despreciable molusco, pero el que se casa dos veces, el que vuelve á casarse después de haber probado las delicias de la viudez... ese carece de calificativos dentro del reino animal. (Encarándose con el retrato) ¡Animal! (Escuchando.) Si es él, tarda en entrar. Sabrá que estoy aquí, y temblará ante la idea de encontrarse conmigo. Hace bien en temblar, porque voy á decirle.. (Conteniéndose) No; Policarpo, estás en su casa, y no debes... Es

decir, la casa es mía, y él vive este cuarto gratuitamente... Le esperaré... así, con un gesto activo, *displiciente*, sin mirarle tan siquiera, y le haré una ligera reconvención. Sí. (Oyense pasos.) ¡Ya! (Se coloca de espaldas á la puerta. apoyado en cualquier mueble, y adopta la más trágica de todas las posturas. Por la puerta del foro entra JUANA seguida de DOMINGO, mozo de cuerda, que trae á cuestas un enorme baúl.) ¡Idiota! ¡Imbécil!

Juana ¡Ay!

Dom. ¿Eh?

Poli (Sin mirarlos.) ¿Qué carga te has echado sobre las costillas?

Dom. Lo que mi han dao, señor; y no creo que sea pa insultar.

Poli ¿Eh? ¡Ah! Pero...

Dom. ¿Qué?

Poli No, nada; creí que... Dispense... (A Juana.) Cuando venga don Celestino, dígale que suba á verme.

Juana Sí, señor.

Poli Que suba en seguida.

Juana Está muy bien. (A Domingo, indicando la tercera puerta de la izquierda.) Por ahí... (Domingo hace mutis.)

Poli (Desde la puerta del fondo.) ¡Ah! Oiga.

Juana Mande usté.

Poli Si don Celestino le pregunta, como otras veces, qué cara tenía yo...

Juana Sí, señor.

Poli Dígale que cara de fiesta, vamos, de Pascua, de...

Juana De torta, como dicen en mi pueblo.

Poli ¿Eh? ¿Qué?

Juana De torta, de torta, de torta.

Poli (Haciendo mutis.) ¡Cerril y estúpida! Al fin y al cabo, del sexo femenino. (Vase.)

Dom. (Por donde se fué, sale sin el baúl y protestando.) ¡Rediez, qué parroquia! ¡Una peseta!

Juana (Indicándole la puerta del fondo.) Por aquí. (Domingo hace mutis, murmurando seguido de Juana.) (Queda un instante la escena sola. Con todo género de precauciones sale MARGARITA, conduciendo el retrato de su madre; rápidamente descuelga el doña Rosa y coloca el otro en su lugar.)

Marg. (Contemplando satisfecha su obra.) ¡Esta es mi ma-

dre! (Vase llevando el retrato de doña Rosa. Suena un timbre.)

(Queda otro instante la escena sola, y NIEVES, que conduce un retrato grande de un señor feo y bigotudo, entra en escena y hace el mismo juego, es decir, descuelga el retrato de don Celestino y lo sustituye por el que trae.)

Nieves (Contemplando igualmente su obra.) ¡Este es mi padre! (Se va llevándose el retrato de don Celestino.)

Cel. (Dentro.) ¡León! ¡Margarita! (A grandes voces.)

León (Abriendo la puerta de su cuarto y asomando la cabeza.) ¿Es papá?

Marg. (Idem.) ¿Papá?

Rosa (Dentro, á voces también.) ¡Tina! ¡Nieves! ¡Oliva!

Nieves (Abriendo la puerta de su cuarto y asomando la cabeza.) ¿Es mamá?

Oliva (Idem.) ¿Mamá?

Tina (Idem.) ¿Mamá?

(León y Margarita que miran al fondo dirigen al frente sus miradas y ven á Nieves, Oliva y Tina, al mismo tiempo que éstas, que también miraban á la puerta del fondo, ven á León y Margarita, coincidiendo justamente con el momento en que muy agarraditos y melosos se presentan en la puerta del foro DOÑA ROSA y DON CELESTINO.)

León / **Marg.** (Al ver á sus hermanastras y cerrando rápidamente su puerta.) ¡Ah!

Nieves / **Oliva** / **Tina** (Lo mismo al mismo tiempo.) ¡Ay!

Cel. (Boquiabierto.) ¡Bonito recibimiento! (Doña Rosa ríe á carcajadas.) No, Rosa, no rías. Tu risa, en este instante, no me suena, como en otras ocasiones, á cascabel alegre, sino á triste esquila.

Rosa ¡Bah!

Cel. No es posible reir cuando se le cierran á uno todas las puertas.

(Bueno: este don Celestino es una especie de don Quijote de la Mancha, sin perilla; y doña Rosa es una simpática señora más viva que un cohete. De edad, allá se andan; ambos están en los comienzos de la tercera juventud. ¡Ah! Los dos usan quevedos y entran con ellos puestos.)

Rosa Esperaba esto, Celestino.

Cel. Yo no, te lo confieso. He sentido en mi espalda la daga fría de la desilusión.

Rosa Eres un niño, Hueso.

Cel. (Suspirando con tristeza.) Sí, Rosa, tienes razón; soy un niño. Mi corazón es de cera, y el más ligero golpe marca en él una huella de dolor.

Rosa Cálmate; siéntate aquí; no sufras. Se trata de cinco ovejas descarriadas; ya sabrá juntarlas la voz del pastor.

Cel. ¡Qué buena eres, Rosa!

Rosa Por lo pronto, nosotros nos queremos, ¿verdad?...

Cel. (Con ímpetu juvenil.) El segundo amor es el verdadero, no lo dudes.

Rosa ¡Celeste!

Cel. (Almibarado.) ¡Nena!

Rosa (Con cierto rubor.) ¿Te acuerdas de la primera vez que tus quevedos chocaron con los míos?

Cel. Y recuerdo también la promesa que te hice al asomarme á los cristales de tus ojos. ¡Constituiremos una nueva familia!

Rosa (Muy colorada.) ¡Hueso!

Cel. Y la constituiremos, sí.

Rosa ¡Por Dios!

Cel. En medio de la guerra civil que se nos avecina, tú, toda luz, alumbrarás constantemente mi dicha.

Rosa ¡¡Celes!!

Cel. Y no te importe que nuevos frutos del cielo vengan á aumentar la discordia; yo sabré imponerme, y haré que mis hijos y tus hijos respeten á nuestros hijos.

Rosa ¡Qué bueno eres, Celeste!

Cel. Escucha: ¿qué haríamos ahora para reunir las proles?

Rosa (En secreto.) ¿Qué dinero nos queda?

Cel. (Idem.) Unas seiscientas pesetas.

Rosa (En voz baja, disimuladamente.) Pues déjame á mí. Escuchan detrás de las puertas, nos miran, nos observan... sepárate de mí.

Cel. (Obedece. En voz muy baja.) ¿Qué piensas hacer?

Rosa (Por señas.) Silencio.

Cel. (Como antes.) ¿Qué dices?

Rosa (Por señas.) Calla y siéntate.

Cel. (Sentándose en una butaca.) (¡Bueno!) (Por señas.) ¿Y ahora?

Rosa (Por señas.) Repantígate, fuma, ponte las manos en las sisas del chaleco. . (Don Celestino va haciendo cuanto le indica su mujer. Por señas.) ¡Sonríete!

Cel. (Que no la comprende.) ¿Eh?

Rosa Digo que te sonrías de los peces de colores. (Por señas.) Espera; verás ahora. (Se sienta, cara al espectador, ante una mesa en la que hay un aparato telefónico y llama.)

Cel. (Contemplándola embobado.) (¡Es una hurí!) (Suena el timbre del teléfono.) (¡Lo que va á gozar Poli cuando la conozca!)

Rosa (Muy bajito, respondiendo.) No... nada... ¿Eh?... Nada. Ha sido una equivocación. Sí, señorita. Nada... (Enfadada.) ¡Nada!... Sí... Usted dispense. (Don Celestino, asombrado, la sigue con el gesto. Doña Rosa, tomando el auricular, dice tras una breve pausa en voz muy alta.) ¿Eh? Han llamado al teléfono, ¿verdad, Celeste? ¿Quién será?

Cel. (Inocentemente.) Si es que...

Rosa (En voz baja.) ¡Calla, melón! (Muy tranquila al aparato, simulando hablar con alguien.) ¿Eh? ¿Decía usted? ¿Quién? ¡Ah, sí, aquí es! Está usted hablando con ella. (A su marido.) Es Angela María.

Cel. ¿Eh?

Rosa Angela María, hombre. ¡Angela María! (Le dice por señas que no meta la pata.)

Cel. ¡Ah! sí... Angela María.

Rosa (Al aparato.) Sin novedad, marquesa... ¡Muy amable!... Encantada. ¿Recibió usted nuestras quinientas pesetas para el desayuno escolar?.. (Sale MARGARITA de su cuarto atraída por lo que dice doña Rosa.) Sí; quiero contribuir con quinientas pesetas todos los meses.

Marg.
León } ¿Eh?

(Margarita disimula hojeando unos papeles de música.)

Nieves
Oliva
Tina } (Saliendo de sus cuartos.) (¿Qué?)

Cel. Tiene una imaginacion *julioverniesca.*

Rosa (Al teléfono.) Sí... sí... ya... ya van saliendo...

es natural... Iremos, iremos al té... y llevaré á todos... si es que están ya equipados. Sí... Los cinco... ahora son cinco hijos... Sí... madame Petronile, Serrano, 58. Taillor peur dames. Robes.

Nieves (¿Eh?)

Oliva (¿Oyes?)

Tina (¡Calla!)

Cel. Tengo una mujer de talento y bilingüe.

Rosa (Al teléfono. Sin hablar hace gestos espantosos. Algo le dicen por teléfono. Aparte.) ¡Se ha puesto á escuchar la telefonista!... ¿Qué?.. (¡Pero ¡qué dice esta mujer!) (Muy melosa.) ¡Por Dios!... (¡Estúpida!) (Melosa y sudando tinta.) ¿Y á usted qué le importa? ¡Que á usted quién la mete!... (Abriendo mucho los ojos.) ¿Eh?.. (¡¡Qué barbaridad!!... ¡¡Qué soez!!...) (Melosísima.) ¡Su madre!... Sí... su señora madre de usted. Marquesa...¿Qué?¿Nuestra platea del Real?... Sí; el número ocho.

León (A Margarita.) Esta señora debe ser riquísima.

Marg. ¡Tiene platea en el Real!

Nieves (A Oliva.) Papá debe ser algo gordo; aquí hay dinero.

Cel. (Que muy satisfecho ha ido viendo salir á sus hijos.) (¡Ya están todos!)

Oliva (A Nieves y Tina.) Me parece que hemos metido la pata: hay que saludarles.

León (A Margarita.) ¡Y no los hemos saludado siquiera!

Rosa (Al teléfono. Los hermanastros bajan y alzan la vista alternativamente, coincidiendo las miradas de unos con las de los otros. Es un momento de mímica encomendado á la gracia exquisita de los artistas.) ¡Ah! Marquesa... un favor. ¿Quiere usted mandarnos su auto?... Sí... hasta que llegue el nuestro... Ya lo hemos encargado á París... Un H. O. 2. H. P. M. 1.571... Cuestión de tres días.

Marg. (¡Auto!)

León (¡Automóvil!)

Nieves (¡Tienen automóvil!)

Tina (A sus hermanas.) ¡Tú! ¡Que nos saludan!... (Margarita y León bajan sonrientes la cabeza á Nieves, Oliva y Tina, y estas tres les doblan la cabeza y medio cuerpo.)

Rosa (Al teléfono.) Adiós... adiós: muy amable... muy amable... encantada... encantada... Adiós. (Deja el teléfono y dirige su mirada á los hijos. Todos tienen un momento de indecisión, pero por fin Margarita se decide á coger un porta retratos de sobre el piano, echarle vaho y limpiarle con un pañuelo; León se quita una manchita de barro de la chaqueta; Nieves se quita á papirotazos una arruguita que tiene en la falda; Oliva hace lo propio con una pelusa que tiene en la manga, y Tina se sacude el polvo de un codo. Esto lo hacen todos al mismo tiempo. Doña Rosa contemplándolos, dice melosa y amablemente.) ¡Oh! Todos aquí... Bien, muy bien...

Marg. / León } Papá...

Las tres Mamá.

Rosa ¿Ves, Hueso? ¿Ves qué encanto de hijos? ¡Oh! Muy interesante tu Margarita y muy apuesto tu León... Fíjate, fíjate tú en mi Nieves, y en mi Tina, y en mi Oliva.

Cel. ¡Oh!

Rosa ¡Qué guapos todos... y qué limpios! (Cesan todos en su afanoso limpiar.) ¡Qué gusto poder compartir con ellos nuestra felicidad y nuestra fortuna. (A León y Margarita.) Vuestras manos, hijitos. (Estrecha la mano de León y abraza á Margarita. A sus hijas.) Hijas mías, ¡abrazad á vuestro nuevo protector!

Cel. (Entusiamado.) (¡Qué tacto! ¡qué tacto!) (Abrazando á Nieves, Tina y Oliva, y apretando lo suyo.) (¡Qué tacto!)

Nieves (Por la cadena del reloj de don Celestino.) (Es raro: la cadena no es de oro.)

Rosa Celeste: ¿Tienes ahí quinientas pesetas?

Cel. ¡Yo! Sí, pero...

Rosa Trae, trae la cartera. (Don Celestino se la da.) Porque estas criaturas, claro, no habrán preparado nada, y no es cosa de que nos quedemos á medio cenar.

Cel. ¡Evidente!

Rosa ¿De dónde quieren ustedes que se traiga la cena?

Cel. Mira, ahí, en el café de la esquina...

Rosa (Horrorizada.) ¡Oh! ¡Calla! De un café, por Dios!

Marg. (Aparte.) ¡Qué ordinario es papá!

Rosa ¿Quieren ustedes de Lardhy... de Tournié... del grill del Palace... del Ritz ó del Room?

Marg. Del grill.

Dos Del Ritz.

Nieves Del Rhin.

León Del Room.

Rosa ¿Como se llama la nurse?

Cel. Juana. Pero, más que nurse es dama de compañía.

Rosa Pues llama á esa dama Juana.

Hijos ¡Juana!... ¡Juana!

Rosa ¡Qué amables!... ¡Qué amables todos!... Esto es un paraíso, un paraíso.

Cel. Bueno; quiero que coma con nosotros Policarpo Guerra, mi inseparable amigo. ¡Lo que va á disfrutar!

Rosa Con mil amores.

Juana (Por el fondo.) Manden ustedes, señoritos.

Rosa Llévame al comedor.

León (Finísimo.) Por Dios, mamá; yo la acompañaré.

Rosa No; quédate. Celeste, ¿por qué no das á cada una el regalito que le traemos como recuerdo?

Cel. Hombre, es verdad.

Rosa Yo, entre tanto, daré mis instrucciones á la nurse.

Cel. Mira, si vas al comedor, mándame un vaso de agua.

Nieves (Finísima.) Yo se lo traeré papá.

Tina ¡Yo iré!

Oliva ¡Yo!

Cel. No: venid acá; no me corre prisa.

Rosa ¡Qué amables! ¡Qué amables! Os prometo una exquisita cena. Tendremos vinos y hasta... *¡¡ordumbres!!* (Vase con Juana por el foro.)

Todos Bravo, bien.

Cel. Ea, vamos á ver. (Toma un saco de viaje, lo coloca sobre una mesa y lo abre, agrupándose á su alrededor León, Oliva y Tina. Margarita y Nieves, aprovechando la distracción, entran en sus respectivas habitaciones.)

León (Por las chucherías que don Celestino va sacando del maletín.) ¡Cuánta cosa!

Cel. (A León.) Toma, bribonzuelo; este reloj es para ti.

León ¡Oh! ¡De oro! ¿Es de repetición?

Cel. No... sí... bueno, sí... todos los días repite lo mismo. Pero, fíjate en él... ¡tiene un golpe!...

León Sí; aquí se le nota.

Oliva (¡Cómo se parece al que tenía papá!)

Cel. (Ofreciendo una cajita a Tina.) Esto, para ti.

Tina ¡Oh! (Quedan hablando.)

Marg. (Sale de su cuarto con el retrato que antes quitó.) No esta bien que vea... (Sustituye un retrato por otro.)

Nieves (Lo mismo que Margarita.) Me parece una incorrección... (Hace otro tanto.)

Marg. (Sorprendida por Nieves.) ¡Je!

Nieves (Sorprendida por Margarita.) ¡Je!

(Ambas ocultan tras sí el retrato que han descolgado; y disimuladamente lo dejan contra la pared en el suelo.)

Marg. ¿Decía usted?

Nieves No; nada.

Cel. (Llamándolas.) ¡Niñas!

Nieves ¿Eh? } (Se acercan al grupo.)

Marg. ¿Eh? }

Rosa (Desde el fondo.) ¡Dios mío! ¡Qué cuadro tan conmovedor! ¡Reunidos, apiñados!... ¡Hueso!

Cel. ¡Rosa!

Rosa Ven; míralos, míralos desde aquí.

Cel. (Echando á doña Rosa un brazo por encima.) Sí, hijos míos, así. El cielo premiará nuestras simpatías.

Rosa (Traspuesta de felicidad.) Hijos de mi alma: ¿No oís una voz del cielo que os aconseja la unión?

Poli (Asomando su cabeza por el agujero del techo.) ¡No, señora, la unión, no! ¡Primos!... ¡La unión p'al gato! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Jardín de un elegante hotel en Vicálvaro. Al fondo cancela, verja, tapia y pozo medianero. A la izquierda la casa y término practicable de huerta. A la derecha jardín. Es de día.

—

Poli (Por detrás del pozo, dispuesto á pasar por él y asomando medio cuerpo.) Vamos, don Carmelo, no sea usted *fusilámine.*

Car. Pero, hombre, si es más fácil salir por la puerta. (En la tapia.)

Poli Más fácil, sí; pero esto es más higiénico. Señor, ¿á qué viene uno al campo? A hacer músculos, á pasear, á trepar...

Car. Pues yo no salto.

(Por la cancela entran tres tenientes de caballería. FRÍAS, OLIVARES y MONTILLA.)

Frías ¡Buen paseo!

Oliv. ¡Delicioso, chico! Ojalá durasen las maniobras un mes.

Mon. (Dirigiéndose á la cancela.) Oye tú, mastuerzo.

Voz (Dentro.) Mande usté, mi teniente.

Mon. A las tres los caballos aquí.

Voz Está muy bien.

Poli (Asomándose por el pozo medianero.) ¡Hola, pollos!

Frías Buenos días, señor. Con su permiso vamos á descansar un rato...

Poli Están ustedes en su casa.

Frías Muchas gracias.

Poli Pero no están en su casa.

Mon. ¿Eh?

Poli — Quiero decir, que donde están ustedes alojados no es en esa su casa, que es la mía.

Oliv. — ¿No?

Car. — No; sino en esta mi casa, que es la suya.

Frías — ¡Calla! Pues es verdad. Como son iguales los hoteles y están juntos, nos hemos colado aquí. (Ríen.)

Poli — Ya, ya me lo decía yo; estos pollos se han colado sin querer...

Mon. — Vaya, pues usted dispense, caballero.

Poli — No hay... de qué, hombre; no hay de qué.

Frías — (A sus compañeros.) Media vuelta. (Se van por donde entraron.)

Poli — (Subiéndose en el brocal del pozo.) Pase usted, don Carmelo.

Car. — No quiero dar un susto á las ranas.

Poli — (Bajando á la escena.) ¡Ea! ¿Ve usted? Ya estoy en terreno firme.

Car. — Es usted un verdadero acróbata.

Poli — Higiene, señor juez; pulmones. Y luego esta tranquilidad, esta soledad...

Car. — (Suspirando.) Eso de la soledad no reza conmigo.

Poli — Claro, hombre; usted es un infeliz. Tiene usted mujer, tiene usted familia y hasta alojados. Es usted un primo, señor juez.

Car. — ¡Qué le hemos de hacer!

Poli — Por supuesto que si yo me lo propusiera, lo descasaba á usted como he descasado al otro, á Celeste. (Se ríe.)

Car. — ¡Cómo! Pero don Celestino...

Poli — (Riendo.) Qué tal habrá salido mi plan, qué cizaña no habré metido, que... escuche usted... (Desdobla una carta.)

Car. — ¿Una carta?

Poli — De mi nuera: bueno, de esa señora de la que soy suegro honorario. Oiga usted el apoteosis del drama. (Leyendo.) «Amigo Guerra: El infierno dantesco es el Ideal Room al lado de esta casa. No congeniamos: tiene usted razón; la ruptura se impone. En este momento salgo de esta casa, golondrina errante, para no volver jamás. Sé que con mi marcha quedarán los Huesos doloridos, pero no importa... Adiós.» (Guarda la carta.) ¿Qué le parece á usted?

Car. ¡Caramba! ¿Y no le remuerde á usted la conciencia?...

Poli ¿A mí? Quite usted, hombre. Si lo que le hago es un bien. Estoy muy contento. En fin, don Carmelo, ¿quiere usted desayunar conmigo?

Car. Tengo que hacerlo con la familia: dispénseme usted.

Poli (Despectivo.) ¡Con la familia! Buena primada.

Car. Ea; hasta luego.

Poli Hasta luego. (Vase don Carmelo. Saca á pulso un cubo de agua. En la cancela aparecen DON CELESTINO, MARGARITA y LEON. Don Celestino trae la frente vendada.)

Cel. ¿Das posada al peregrino?

Poli ¡Porras! ¿Tú?

Cel. Yo... y estos.

Poli ¿Pero cómo has venido?...

Cel. ¿Puedo estrechar la mano generosa del único amigo de la infancia?

Poli Pasa, hombre.

Cel. (A sus hijos.) Pasad, pedazos de mi corazón...

Poli Pasad... pedazos de... brutos...

Cel. (Deteniendo á sus hijos.) ¡No! Llamo á tu puerta como si llamara á la de un pariente cariñoso.

Poli Pues... ¡pasa, primo!

Cel. ¡Eso ya es otra cosa! (A sus hijos.) ¡Pasad! (A don Poli.) ¡Arrepentido, Poli! (Arrodillándose.) ¡Aquí me tienes!

Poli ¡Celestino!

Cel. ¡Gracias! ¡Qué razón tenías! Yo no he nacido para casado. (Se levanta.)

Poli Eso es de...

Cel. De *El dúo de la Africana*. Pero no divaguemos.

Poli ¿Lo ves? ¿Ves qué plancha moral te has tirado? (Por la venda.) ¿Qué es eso?

Cel. Otra plancha.

Poli ¿Eh?

Cel. De las que sacan brillo: un recuerdo de mi mujer.

Poli ¡Me alegro!

Cel. Poli, acógeme en tu seno. Vengo dolorido.

Poli Me lo figuro.

Cel. ¡Poli!...

Poli ¡Basta! Ya eres libre. Ahora verás quién es tu amigo Policarpo Guerra. (Por el chalet.) Esa es tu casa. ¡Entra!

Cel. (Conmovido.) ¡¡Poli!!... ¡Oh! (A sus hijos.) Entrad, hijos míos; ya conoceis el local. Seré con ustedes en seguida: tengo que hablar un instante con nuestro generoso protector.

León Gracias, don Poli. (Aparte.) Tengo que hablar luego con usted.

Poli No tengo suelto.

Marg. (Hipando.) ¡Don Poli!...

Poli ¡No llores, porras!... ¡Largo! ya hablaremos. (Entran en la casa León y Margarita. A don Celestino.) Siéntate.

Cel. (Sentándose.) ¿No nos oye nadie?

Poli Nadie: dí. Habla.

Cel. (Amargamente.) ¡Poli! ¡¡Compadéceme! Soy un náufrago de la vida.

Poli ¡Eres un mulo!

Cel. Qué vamos á hacerle; tú eres mi padre. No tengo un céntimo: préstame quinientas pesetas.

Poli No sigas por ese camino.

Cel. Voy á contarte una historia; breve, pero reservada: una historia íntima. ¡Poli! escúchame, porque esta historia es una historia natural, pero es una historia sagrada.

Poli Lo sé. Habeis decidido separaros.

Cel. ¡Yo no, Poli! Ha sido ella, ¡ella! la ingrata. Huyó de mi casa... Yo, Poli... ¡¡La quiero!!

Poli ¡Insensato!

Cel. ¡Sí; la quiero!

Poli ¿De modo que te zurraba y..?

Cel. Te lo confieso, como se lo confesaría á mi padre. ¡Poli, padre, la quiero!

Poli ¡Hijo mío, qué bruto eres!

Cel. Por eso huyo de Madrid. ¡No! no quiero verla más. Préstame dinero; quiero irme lejos: á Chile, á Méjico, á la Patagonia, al fin del mundo.

Poli (Levantándose.) ¡Está bien!

Cel. ¿Me darás esas mil pesetas?

Poli ¡Está bien!

Cel. (Abrazándole.) Tienes un corazón de oro, Poli; siempre fuiste mi paño de lágrimas. Con

esas mil quinientas pesetas podré encaminarme á la felicidad.

Poli ¡Bien está!

Cel. ¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¿Cuándo podré marcharme?...

Poli ¡Quién! ¿Tú? ¿De aquí? ¡Quiá! Tú no sales de casa hasta que no estés completamente curado.

Cel. (Por la venda.) ¡Pero si esto no es nada!...

Poli Hasta que no pases al lado de esa mujer sin sentir el más ligero descalofrío.

Cel. Eso nunca.

Poli Nunca, ¿eh? Bueno, mira; entra, aséate un poco y ya hablaremos más despacio.

Cel. ¡Poli! ¡Estoy al borde de un abismo!

Poli (Dándole un empujón.) ¡Entra, imbécil!

Cel. ¡No empujes!

Poli No has de salir de aquí hasta que no la hayas olvidado; te lo juro.

Cel. ¡Poli!...

Poli ¡Te lo juro!

Cel. (Haciendo mutis.) ¡Moriré en esta casa! (Vase.)

Poli ¡Pobre idiota! Y todo por una mujer. ¡Qué estúpida es la humanidad! ¡Que quien pueda vivir solo y tranquilo, se case y se cargue de obligaciones, y meta en su casa á personas que no le tocan nada!... ¡Qué falta de talento hay en el planeta!

Ant. (Jardinero.) Mi amo. ¿Doy suelta al agua de la noria?

Poli Sí; digo, no. Espera; yo iré.

Ant. Está bien, mi amo. (Se va.)

(Sale MARGARITA de la casa. Viene muy contenta.)

Marg. ¡Qué días tan buenos voy á pasar en esta casa! Como que esto es precioso, precioso. Siempre he dicho yo que lo más bonito del mundo es Vicálvaro. (Viendo unas flores.) ¡Ay! ¡Margaritas! (Coge una.) Voy á preguntar lo de siempre; cómo será mi marido, con barba, con bigote ó afeitado. Eso. Vamos á ver. (Deshojando la flor.) Con barba... con bigote... afeitado..

Frías (Asomándose por la tapia. Gasta barba corrida.) Me parece haber oído una voz de mujer. (Hablando hacia abajo á sus compañeros.) ¡Chist... sí... canela!

Marg. (Volviendo la cara y viéndole.) ¡Con barba!

Oliv. (Sustituyendo á Frías. Usa bigote.) ¿A ver tú?

Marg. (Como antes.) ¡Con bigote!

Mon. (Sustituyendo á Olivares.) Hombre, que veamos todos.

Marg. (Como antes.) ¡Afeitado! (Montilla no tiene ni barba ni bigote. Por distintos sitios de la tapia asoman Frías y Olivares.) ¡Tres! ¡son tres!

Mon. ¡Buenos días, joven!

Oliv. ¡Buenos días, reina!

Frías ¡Buenos días, se...! (Agarrándose á la tapia para no caerse.) ¡sé! ¡Porras!

Marg. (Ruborosa y muy pava.) ¡Ay, buenos días!... (Por decir algo.) ¿Están ustedes bien?

Frías (Que aun no está muy seguro.) Estos, sí; pero yo... Como no tengo escalera como ellos... (Ríen.)

Marg. ¡Ay, qué ocurrente!... ¡Ay!

Frías No sospeché jamás que tras esta tapia... (Sujetándose para no caerse.) inhospitalaria se escondiese la flor que yo buscaba.

Marg. (Con treinta y nueve grados y siete décimas de tontería) ¡Ay, una flor!... ¡Yo una flor!... ¡Gracias por la flor!

Frías (A sus compañeros.) Mema de realce.

Marg. (Por decir algo.) Yo... yo he llegado aquí hoy.

Frías (Suspirando.) ¿Va usted á contármelo á mí, que he venido tras de usted?

Marg. ¿Eh?... ¡No!...

Frías Estos, que me han acompañado, pueden dar fe de ello.

Marg. (Incrédula.) ¡Vaya!... ¡Ea!

Mon. ¿Podría usted decirme qué preguntaba á esa feliz margarita?

Marg. Ese es mi nombre.

Rosa Sí; ya lo sabíamos por éste. (Indicando á Frías.)

Marg. (Muy intrigada.) ¿Será verdad?

Oliva ¿No querrá usted decírnoslo?

Marg. Pues, yo le preguntaba, que... ¡Ay!... ¡Ay!... Tienen ustedes unas preguntitas que ya, ya.

Frías ¿Que ya qué?

Marg. (Molesta.) ¡Ay, que ya, ya, y que ya, ya, y que ya, ya, y...

Frías Dejarla, que va á cantar.

Marg. No todas las cosas pueden decirse, vaya.

Frías (Cada vez más cómicamente apasionado.) Y esa flor, hermana de usted, ¿no le ha dicho que hay

un hombre enamorado de su belleza, que va á perecer por usted... (Vuelve á sujetarse.) y que ofrecería á usted gustoso su mano y su posición?

Marg. ¿Eh? ¡Ay! ¿Su posición? (Viendo á DON POLI ¡¡Ay!! (Echa á correr y entra en la casa.)

Poli (Por la izquierda con una gran escoba de ramas Remedando á Margarita.) ¡¡Ay!! Esta idiota, cada vez más imbécil. (Viendo á los Tenientes.) Hombre, me gusta: la niña estaba de *filisteos...*

Frías ¡Buenos días! (Desaparece.)

Oliva ¡Siga usted bueno! (Idem.)

Mon. ¡Usted lo pase bien! (Idem.)

Poli (Contestándolos con un gruñido.) ¡Hum! (Dentro riendo á carcajadas los Tenientes.) ¡Hombre! ¿Y choteíto encima?

Rosa (Apareciendo en la cancela con sus tres pimpollos.) ¡Don Poli!

Poli ¿Han dicho don Poli?

Rosa Sí.

Poli (Volviéndose y contemplando á doña Rosa y á sus hijas.) ¡¡Señora!! (Empuña la escoba.)

Rosa Antes de que pronuncie usted una sola palabra, tenga la amabilidad de escucharme. Me guía la esperanza, llamo á las puertas de un corazón. ¿Se puede pasar?

Poli ¡No! (Echando lumbre por los ojos y disponiéndose á soltarle una andanada.) ¡¡Señora mía!!

Rosa (Colándose.) Suya, sí, señor: suya agradecida, suya afectísima. (A sus hijas.) Entrad, capullos.

Poli ¿Eh?

Rosa Bondadoso amigo; deme usted una mano.

Poli (Amenazándola con la escoba.) ¿De qué?

Rosa ¡Don Poli!

Poli No me engaña usted con sus gitanerías. ¡No! Todo eso es coba.

Rosa (Dolida.) ¡Esa frase!

Poli ¡La repito! ¡Es coba!

Rosa (Más dolorida aún.) Esa «escoba» no es propia de un hombre como usted, don Poli.

Poli ¡Mire usted, señora, yo!...

Rosa Usted me estima y me distingue, don Poli. Usted me hizo ver la perfidia y la inutilidad de Hueso; no puede usted negarme hospitalidad.

Poli ¡Señora!

Rosa Se trata de unos días; quiero que pierda mi pista, que no vuelva á molestarme con sus amorosas impertinencias. ¡Oh! si yo hubiera empleado otro sistema, á estas horas ese hombre... me odiaría. Se me ha ocurrido una cosa que si le volviera á ver y le dijera...

Poli (Concibiendo una negra idea.) ¿Eh? ¿Qué dice usted?

Rosa Me odiaría; sí; lo juro. Pero... ¡ya es tarde!

Poli ¡Basta!

Rosa ¿Eh?

Poli Antes que nada soy caballero. Son ustedes golondrinas errantes y no ha de faltarles aquí una viga protectora. ¡Señora... esa es vuestra casa!

Rosa (Conmovida.) ¡Gracias, don Poli! (A sus hijas.) ¡No lloréis, hijas mías! (Las tres niñas se restregan los ojos.) Mire usted qué cuadro de agradecimiento.

Poli (Yo me quito de enmedio y... ¡y no van á quedar ni las rabos! (Gritando hacia dentro.) ¡Antonio!... ¡Engancha! Sí, hombre. (A doña Rosa.) ¿De manera que usted cree poseer un medio para conseguir el odio de Celestino, no?

Rosa Rápido é infalible.

Poli Bien, muy bien. Pues aquí en Vicálvaro... (Misteriosamente.) el juez es muy amigo mío.

Rosa ¿Eh?

Poli Y el sargento de la Guardia civil... me debe favores; usted se instala en esa casa y usted hace en ella lo que le dé la real gana.

Rosa ¡Gracias, don Poli!

Poli (Llamando.) ¡Gumersinda!... ¡Gumersinda! Diga usted á esos señores que están ahí, que salgan... (A Rosa.) Son... unos amigos; ellos harán á ustedes los honores de la casa.

Rosa ¡Oh! ¡Por Dios! Se van á molestar...

Poli Sí, se van á molestar, pero... ea, hasta luego. Aquí dejo esta escoba que tiene un mango de roble muy fuerte. Es un palo que... Y aquí hay esta palanqueta de hierro que... también es muy útil... Bueno, abur.

Rosa Abur.

Las tres Adiós, don Poli.

Poli (¡Ni los rabos!) (En la cancela.) ¡Caramba! ¿Quién habrá puesto aquí esta piedra? (Tomandola.) Es una piedra que... vea usted. (Se la da.) Esto se le tira á cualquier cristiano y no lo cuenta. (Haciendo mutis.) (Yo hago lo que puedo: más es imposible.) (Vase.)

Rosa (Con la piedra en la mano y rebosante de ironía.) ¡Qué corazón de hombre, hijas mías!

Cel. (Asomando la cabeza por la puerta del caserío y á media voz.) ¡Rosa!... ¡Chicas!...

Rosa (También á media voz como si conspirase.) ¡Viva la vida!

Cel. (Como antes.) ¿Se ha marchado?

Rosa Sí... abrázame. (Salen de al casa DON CELESTINO, LEÓN y MARGARITA. Todos se saludan cariñosamente. Doña Rosa abraza á Celestino sin soltar la piedra.)

Cel. ¡Chica! ¿Con qué me oprimes? (Se rasca la espalda.)

Rosa (Enseñándole la piedra.) Con esta bellota de antimigrein que me ha dejado tu amigo y protector para que te cure el mal de amores. ¡Qué corazón el suyo! ¡Nerón era una tórtola al lado de ese monstruo!... Cuanto hagamos para castigar su perversidad ha de parecerme baladi.

Cel. Bueno, y qué, tragó el anzuelo, ¿eh?

Rosa Hasta la caña. ¡Y tú! ¡Qué! ¿Te dió el dinero?...

Cel. ¡No! Pero... (Llamando la atención á todos.) ¡Bomba, señores! (Escuchando todos.) ¡Veraneamos aquí! (Alegría en todos.)

Marg. ¡Olé!

Nieves ¡Bien.

Tina ¡Eso!

Oliva ¡Qué gusto!

León ¡De primera!

Marg. ¿Saben ustedes una cosa?

Todos ¿Eh? ¿Qué?

Marg. Que tengo tres pretendientes.

Rosa ¿Qué?

Nieves ¿Tú?

Marg. ¡Tres tenientes de caballería!

Rosa A ver... á ver, hija; no acapares. ¿Dices que tres? ¿Dónde?

Marg. ¡Chist! (Indicando la tapia.) ¡Ahí!

Rosa — Chica, ¿es posible? (Se asoma por el hueco del pozo.) ¡Evidente!... ¡Qué ricos! Tres epístolas de San Pablo al pie de una higuera. Hijas mías, ha llegado la hora del reparto. (Bajando a la escena.) ¡Os caso!

Nieves — ¡Qué cosas tienes, mamá!

Marg. — (Disgustada.) Eso es muy bonito, y yo...

Rosa — Calla, tontina. ¿No ves que es broma? (Esta me estropea la combina. Hay que alejarla de aquí.)

Cel. — ¡Oh! Propongo un homenaje á nuestro genio bienhechor.

Todos — ¡Sí, sí; eso!

Cel. — ¡Paseémosla en triunfo!

Todos — ¡Sí!

Cel. — (A León.) ¡A ver, una silla!

Marg. — Tome usted. (Le da una. A Rosa.)

Cel. — Siéntate. (A Rosa.)

Rosa — Pero ¿están ustedes locos?

Cel. — Ayúdame, León; y ustedes, sembrar de flores el camino.

Rosa — ¡Por Dios!

Todos — ¡Sí! ¡Vamos!

Cel. — ¡Arriba! (Don Celestino y León elevan á Rosa.)

Marg. — (Horrorizada.) ¡Don Poli!

Poli — (Asomando la cabeza por el hueco del pozo.) ¿Eh? (Quedan todos en una pieza.)

Rosa — (Trágica.) ¡No! ¡Al pozo, no! ¡Infames!

Poli — (Asustado.) ¡Señores! ¡Por Dios! (Don Celestino y León dejan á Rosa en el suelo.

Rosa — ¡Concedo la tregua!... No quiero que lleguen ustedes hasta el crimen.

Poli — ¡Celeste! ¡En mi casa!...

Cel. — El amor es ciego, Poli; su propia ceguera le hace á veces rodar al abismo del crimen.

Rosa — ¡Calla, decrépito; te odio!

Poli — ¿No oyes bien? ¡Te odia! ¿Se te ha caído ya la venda?

Cel. — (Ocultando la cara.) ¡Demonio, la venda! (La saca del bolsillo y se la pone.)

Rosa — Suspendamos las hostilidades; dejadme. En atención al bien de Margarita, concedo la tregua, que se me pide.

Poli — ¿Cómo? ¿Eh?, ¿pero, es que?... ¡Voy allá! (Desaparece.)

Rosa — (A media voz.) ¡Fuera!... ¡Largo!... ¡Idos todos!...

Cel. Pero...

Rosa ¡Todos, pronto!... (Comienza el desfile.)

Cel. Rosa. . por la Virgen... ¡el veraneo!

Rosa No temas, tengo un plan que... ¡capicúa!

Cel. (Ya desde la puerta de la casa.) ¿Eh? ¿Crees tú que?...

Rosa (Indicándole con un gesto que ahueque.) ¡Capicúa! (Encarándose con don Poli, que entra por la cancela en tercera velocidad.) ¡Don Poli! Desde Adán y Eva hasta nuestros días, no registra la historia de la amistad, una página tan opaca como la que usted ha pretendido escribir á mi costa.

Poli Señora, déjese usted de oratoria y vamos á lo que interesa. ¿Que ha sucedido aquí? ¿Qué tregua es esa que usted ha concedido? ¿Eh?

Rosa Una entente que me ha hecho firmar el terror.

Poli A ver: explíquese usted.

Rosa Margarita tiene un novio.

Poli ¡¡Córcholis!!

Rosa ¡Un novio millonario!

Poli ¡Imbécil!

Rosa ¡Imbécil, pero millonario! Ha venido tras ella de Madrd; pretende pedir hoy mismo su mano.

Poli ¡No! ¡No!

Rosa Enterada de nuestras desavenencias familiares, exige para contraer matrimonio, la unión de toda la familia.

Poli ¿Eh?...

Rosa Yo me opuse. Me han dado á elegir entre la unión ó la tumba.

Poli ¡La tumba, señora!

Rosa ¡Don Poli!

Poli ¿Sabe usted el porvenir que la espera?

Rosa (Tristemente.) Lo sé. ¡Juntos otra vez!...

Poli ¡Nunca!

Rosa ¡Hueso feliz! Hueso rico!...

Poli ¡No! (Mordiéndose una mano.) ¡¡No!! Ese casamiento es imposible, señora. Margarita no puede casarse con nadie: Margarita es imbécil...

Rosa ¡Ah! Si yo pudiera...

Poli A ver: explíquese, señora. Usted suele á veces tener muy geniales ocurrencias.

Rosa — Llévese usted á Margarita á dar un paseo en carruajes ¿No tiene usted por ahí una dehesa?

Poli — Sí: «La Felicidad.»

Rosa — Yo aguardo al novio, lo despido, se va, rompo el noviazgo: me salvo. Usted vuelve, deshago el lío, y listo.

Poli — (Admirado.) Señora, discurre usted de un modo, que merecía usted ser hombre y llamarse Policarpo Guerra. Llame usted á Margarita.

Rosa — ¡Por Dios, don Poli! Mucho tiento. Con Margarita mucho tiento.

Poli — Llame usted á Margarita

Rosa — (Entrando en la casa.) ¡Apellidarse Guerra este cordero!...

Poli — Sí; todo menos que Hueso sea feliz, sin que me deba á mí su felicidad. (Llamando.) ¡Antonio!... ¿Está enganchado?... Que me aguarde el coche ahí en la cruz de la carretera. (Viendo salir á Margarita.) ¡Ella!

Marg. — ¿Llamaba usted, don Poli?

Poli — Mira, monina; vas á acompañarme á la dehesa. Como sé que te gusta el campo, disfrutarás de las bellezas del camino y verás el fruto de mis huertos.

Marg. — ¡Ay, qué bien!

Poli — ¡Anda, vamos!

Marg. — Cuando usted guste.

Poli — Pillina; conque hay moros en la costa, ¿eh?; conque ese sujeto ha venido tras de ti, ¿eh?

Marg. — ¿También se lo ha dicho á usted él? ¡Ay, qué bien! ¡Es más guapo!... El más guapo de los tres.

Poli — Sí, sí. . (Haciendo mutis.) (Es una obra de caridad impedir que se case esta idiota.) (Se van los dos por la cancela del fondo.)

Rosa — (Saliendo de la casa con todo género de precauciones.) ¡Muy bien! ¡Se fueron! Cuando vuelva Margarita se encontrará con que sus tres novios están acaparados. ¿Estarán todavía en la higuera esos tres pollos? (Asómase por el hueco del pozo.) Sí. (Acercándose á la puerta de la casa.) Esto es cuestión de muy pequeña monta. (Llamando á media voz.) ¡Niñas! Un momento. (Entran en escena NIEVES, OLIVA y TINA.) Mucha discreción.

Nieves ¿Eh?

Rosa ¡Desplegad vuestros encantos, porque voy á llamar á esos pollos!

Oliva ¡Por Dios, mamá!

Nieves Pero, ¿cómo vas á llamar á esos tres pollos?

Rosa Pues, hijas, diciendo pío, pío: no conozco otro procedimiento (Se acerca al pozo y llama á voces.) ¡Pío!... ¡Pío!... ¡Niñas!; aquí está Pío González!... (Afectando un gran rubor.) ¡Ay!... usted dispense, caballero; ¡no venir, niñas, que no es!... Es usted tan parecido... ¡Ay qué vergüenza!

Frías (Dentro.) ¡Por Dios, señora! ¡Tuviera que ver!

Rosa (Separándose del pozo.) ¡Perdone!... ¡Niñas! (haciéndoles señas de que se queden.) ¡Vámonos!... (Entrando en casa.) ¡A ver, niñas, á ver!... (ya dentro de la casa.) ¡Nieves!... ¡Oliva!.. ¡Tina!...

Frías (Asomándose por la tapia.) Señora, siento que...

Oliva (Idem.) Por nosotros no...

Mon. (Por el foro.) Buenos días, señoritas.

Frías, **Oliva** Buenos días. (Contestando las tres.)

Frías Fué sin duda su señora madre... (A Olivares.) Esto ya es otra cosa.

Nieves Sí; creyó que uno de ustedes era... Pío y...

Oliva ¿Y ese feliz Pío... es quizás el novio?...

Nieves No; no tenemos... eso.

Mon. ¿Es posible?

(Siguen hablando por parejas: Frías con Nieves, Tina con Montilla y Oliva con Olivares. En la ventana de la casa, que da frente al público, aparecen DOÑA ROSA y CELESTINO.)

Rosa Son mis hijas. Oyelas, mi escuela. A estas tres las casamos.

Cel. Es posible: en cambio á la pobre Margarita... ¡Es tan sosa! A esa infeliz le haría falta...

Rosa Sal

Cel. Eso, sí.

Rosa Digo, que vengas conmigo. Lo de Margarita está ya arreglado: era el complemento de mi plan, nuestro seguro de vida. (Cierran la ventana y desaparecen.)

Juana (Por la cancela Trae dos enormes líos de ropa. Viene sudorosa, sofocadísima y hablando más ligera que nunca.) Buenas tardes. Ustedes dirán si voy á pasarme la mañana de plantón. Que ustedes

dirán si voy á pasarme la mañana de plantón...

Nieves ¡Juana!

Oliva ¡Pero chica!

(Quedan mirando á DON CELESTINO y DOÑA ROSA que entran en escena.)

Rosa / **Cel.** ¿Pero qué es esto?

Nieves ¡Papá!

Tina ¡Mamá!

Frías ¡Atiza!

Mon. ¡Caramba!

Oliv. ¡Demonio!

Juana ¡Señorita, que m' he cansao!

Rosa Despacio.

Juana Sí, señorita. Que creí que s' habían ustedes olvidado de mí; y como ví salir á don Poli y á la señorita Margarita, pues me dije Juana, Juana, Juana, que t' han olvidao, que t' han olvidao.

Rosa (Trágica.) ¿Eh? ¿Qué?... ¿Qué dices? ¿Que don Poli y Margarita?... ¡¡Celeste!!

Cel. ¿Eh?

Rosa ¡Margarita! ¡Margarita! ¿Dónde ha ido Margarita? (Estupefaccion en todos.)

León (Saliendo alarmado.) ¿Qué pasa?

Rosa ¡Celeste, tu hija! ¡León, tu hermana!

Cel. (Alarmado.) ¡Rosa!

Rosa (Pasándose la mano por la frente.) ¡Despacio!... ¡Despacio! ¡No!... ¡No es posible! (A Juana.) Dices tú que don Poli y Margarita...

Juana Acaban de montar en un coche.

Rosa ¡Entonces, la fuga, el rapto es un hecho! (Asombro general.)

Cel. ¡Rosa!

Rosa (A los tenientes.) ¡Caballeros! Por vuestro honor; por el brillo jamás empañado de vuestras armas, corred por esa carretera, detened á ese sátiro, y devolvedme la joya más preciada de mi joyel.

Frías En seguida, señora. (Desaparece.)

Mon. ¡A ver los caballos. (Idem.)

Oliv. ¡Pronto! (Idem.)

Tina ¡Raptada! ¡Qué suerte!

Cel. ¡Poli!... ¡Mi amigo del alma!... ¡Mi padre!. es ¡mi hijo!

León (Trágico.) ¡Ah! Juro que ese hombre... ¡morirá!

Rosa ¡León! No es esa la solución que precisa. Se impone el matrimonio.

León (¡Don Poli, mi hermano!)

Cel. (¡Mi padre, mi hijo!)

Frías (Entrando por el hueco del pozo.) Señora, mis compañeros salen á caballo en seguimiento de la pareja; yo he avisado á nuestro patrón, que es el Juez de Vicávaro, para que tome cartas en al asunto.

Rosa Gracias, caballero: pero por Dios, que esto no trascienda. ¡Sería horrible! Nuestro buen nombre!!..

Cel. ¡Cálmate, Rosa, cálmate!

Nieves ¡Mamá, por Dios!

Frías ¿Pero ese hombre?...

Rosa Víctima de una pasión senil, caballero. El amor que en la juventud es vida, es cicuta en la decrepitud. ¡Oh! Cásese usted pronto. (Frías se dirige resueltamente á abrazar á Nieves.) ¡Todavía no! (Separándolos.) ¡Hija de mi alma!

Juana (Desde la cancela.) ¡Lo traen, lo traen!

Cel. ¿Eh?

Juana Aquel es el coche. ¡Lo traen!

Frías ¿Eh? Sí; viene escoltado por mis compañeros.

Cel. Tendré que hacer un verdadero esfuerzo para no cruzarle la cara.

Frías Aquí están ya.

Cel. *¡Ecce Homo!*

(Por la cancela entra MARGARITA y tras ella DON POLI entre MONTILLA y OLIVARES.)

Rosa (Abrazando á Margarita.) ¡¡Hija!!

Cel. (Idem.) ¡¡Hija mía!!

Juana (A Margarita.) ¡Ay, senorita!... ¡Ay, señorita!... ¡Ay, señorita!

Poli (Asufradísimo.) ¡Señores! ¿Se puede saber qué atropello es este?

Cel. (A don Poli.) ¡Caballero!... Estos hombres de honor son testigos de su felonía.

Poli ¡Celestino!

Cel. (A Margarita.) ¡Desgraciada! ¿A dónde te conducía ese monstruo? ¡Responde!

Marg. Dijo, que me llevaba á la felicidad.

Rosa (A don Poli) ¡Sátiro!

Poli ¡¡Señora!! ¿Qué comedia es esta?

León ¡Trajedia, señor Guerra, tragedia! (Furioso.) ¡Dejadme! Se trata de la honra de mi hermana. Las recriminaciones son inútiles. (A don Poli.) ¡Caballero! Tras el rapto solo existe un dilema: elija usted entre la mano de Margarita, ó la muerte.

Poli ¡¡Ah!! ¡¡Era un lazo!!... ¡Se me ha tendido un lazo!

León ¡No añada usted la afrenta á la villanía! ¡La mano de Margarita ó la muerte!

Poli ¡No! ¡No he de caer! (Intenta huir por la cancela.)

Frías (Deteniéndole.) La fuga es de cobardes, caballero. Cuando se ofende se repara.

Poli ¡Pero, señores!... ¡Que es un lazo!...

Cel. ¡Es un elijan, caballero!

León ¡Pronto!

Poli ¡Pues, bien!... ¡no! (De un salto se sube en el brocal del pozo.) ¡No caigo!

Rosa ¿Eh?

León ¡Miserable!

Frías ¡Cobarde! (Intentan seguirle.)

Poli (Sacando un revóver.) ¡Al que pretenda sugetarme lo tuesto! (Intenta atravesar al otro lado.)

Car. Pero ¿qué pasa aquí? Pero, ¿qué es esto, don Poli? ¡Que se va usted á caer!

Poli ¡Ya me he caído!

Car. ¿De pié?

Poli De todas las maneras... ¡Maldita sea mi estampa! (Se cae al pozo.)

Todos ¡¡¡Ah!!!

Rosa (Dirigiéndose sola al pozo.) ¡¡Hijo mío!! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Oficina en casa de don Poli. Es una oficina abandonada; una especie de cuartel robado .Puerta de entrada con mampara en el lateral izqiuerda; dos puertas en el lateral derecha y ventana en el fondo. Mesas, sillas, máquinas de escribir y de prensar, y papeles, en completo desorden. En una mesa, sobre un enorme libro mayor, un infiernillo de alcohol.

—

(Al levantarse el telón entra en escena DON POLI por la primera puerta de la derecha. Trae en una mano una chocolatera con su molinillo, en la otra una taza con un bollo francés dentro; una servilleta debajo de un brazo y un número de «El Liberal» debajo del otro. Viene con un humorcito de todos los demonios.)

Poli (Dejando impetuosamente todos los trastos sobre una mesa.) ¡Casado! (Arrima un encendedor al infiernillo, pero no logra prender la llama.) Encenderé con un papel cualquiera. (Tomando una cuartilla.) Este. (La examina.) ¿Eh? Versos. ¿No lo dije? En esto se ocupaba el personal de la oficina. (Leyendo.) «Madrigal.» ¿Madrigal? Apuesto un duro á que esto de madrigal quiere decir: «A la señora de don Poli.» ¡Hum! (Leyendo.)

«Ojos azules como el claro cielo sin celajes,
mírame y no los bajes,
que con sus cejas tan pobladas
y sus pestañas de sedas y tules,
hacen decir al alma enamorada
¿qué tienes en la mirada,
niña de los ojos azules?»

(Estrujando el papel y encendiendo el infiernillo,)

Hice bien en despedir á todo el personal. Cuando se tiene una mujer joven, bella é idiota, no puede haber hombres en casa. (Moviendo el chocolate) ¡Casado! ¡Yo! Es para volverse loco. ¡El personal despedido, los negocios manga por hombro, mi esposa roncando y yo, dándole al molinillo. ¡Complemente casado! (Leyendo «El Liberal» sin dejar de hacer el chocolate.) A ver si viene hoy el anuncio. ¡Estas agencias!... «Joven con carrera...» «Señor formal... desea una institutriz guapa. Romanones, cuatro...» Ni tiene formalidad el señor formal, ni la institutriz, ni Romanones. (Leyendo.) «Vida mía: ven á verme. Notpetejunque en la higuera. Tu gatita...» ¡Hum! Este Notpetejunque debe ser el marido. ¡Idiota! Si hicieras lo que yo.... ¡Aquí está! (Leyendo.) «Pelayo...» Eso es. «Se desea una sirviente para matrimonio sin hijos. Pelayo, ochenta y dos, oficina.» Gracias á Dios. (Se sirve el chocolate. Por la mampara de la izquierda entra en escena DON GON, simpático señor, como de cincuenta años, y que es chato ó narigudo, á gusto del actor. Este don Gon tiene la particularidad de tartamudear de vez en cuando y siempre que tartamudea intercala los monosílabos «don gon,» clarísimamente, como si se tratara de dos palabras cualquiera.)

Gon ¿Da usted su... don gon permiso?

Poli Adelante.

Gon Buenos días.

Poli ¿Usted gusta?

Gon De provecho... don gon, le sirva.

Poli Siéntese, don Gon.

Gon Jiménez. Le suplico que me llame Jiménez.

Poli Es igual, hombre.

Gon No señor, que luego se quedan don gon los motes.

Poli ¡Basta!

Gon ¿Eh?

Poli ¡Basta de estupideces!... (Metiéndose en la boca un enorme trozo de bollo.) Hoy no está el horno para bollos.

Gon El horno no estará, pero usted don gon...

Poli Vamos á lo nuestro. ¿A qué hora se acostó anoche mi mujer?

Gon No lo sé.
Poli Hombre, me gusta la salida. Pues si usted no lo sabe, ¿quién lo va á saber?
Gon Yo la dejé escoltada por el sereno á la una y media de la noche.
Poli Eso es otra cosa. Creí que había usted desistido de acompañarla.
Gon No, señor; yo soy un don gon esclavo de usted.
Poli Menos coba. Tire usted de lista. (Don Gon saca unas notas.) Vida que hizo mi esposa en el día de ayer. Itinerario, trayecto ó recorrido matutinal, diurno y nocturno.
Gon Sí, señor.
Poli Matinal ó de la mañana.
Gon Cero, cero.
Poli Taciturno ó de la tarde.
Gon (Consultando sus notas.) Salida á las quince y treinta.
Poli En números romanos.
Gon A las tres y media.
Poli Eso es otra cosa. Calles transitadas.
Gon (Leyendo.) «Barquillo, Alcalá, Sevilla, Viena.»
Poli Eso es un lío.
Gon Viena, pastelería, veinticinco minutos don gon, de parada, barquillo...
Poli No entiendo.
Gon Barquillo relleno y un don gon chocolate.
Poli Adelante.
Gon Príncipe, teatro; matiné.
Poli (Gruñendo.) ¡Funcioncitas! ¡Hum! ¿Filisteos?
Gon Nulo.
Poli ¿Gemeleo?
Gon Cero, cero.
Poli ¿Bomboneo?
Gon Idem, ídem.
Poli Adelante.
Gon Después de la función... (Leyendo.) Príncipe, Carrera de San Jerónimo...
Poli ¿Acera de los empujones?
Gon Acera bancaria.
Poli Bien.
Gon Puerta del Sol, tranvía y á casa.
Poli ¿Plataforma ó interior?
Gon Interior derecha, entre un don gon sacerdote y un señor que se parecía á don gon Méndez Alanís.

Poli — Siga usted. ¿Piropos?

Gon — Varios alimenticios.

Poli — A ver.

Gon — (Leyendo sus notas.) «Me la comía á usted de una sentada.»

Poli — ¡Animal!

Gon — (Leyendo.) «Vaya un bocado que tiene usted en el... don gon cogote.»

Poli — ¡Hum!

Gon — (Idem.) «¡Huy qué carnes!... don gon tan ricas!

Poli — ¿Era ayer día de vigilia?

Gon — Don gon no sé. Apetito parece que había.

Poli — Turnier de por la noche.

Gon — Teatro Real. Segundo y tercer acto de Parsifal. Don gon... una lata. Segundo acto dormida. Entreacto, dormida. Tercer acto, don gon... no sé.

Poli — ¿Eh?

Gon — Me dormí yo. Es una musiquita que es un don gon cloroformo. Al terminar la representación, nos despertaron, y por el itinerario natural llegamos á esta su casa á la una y media, poco más ó don gon menos.

Poli — (Satisfecho.) Bien; disfruta castamente...

Gon — Sí, señor.

Poli — ¿Ha formulado ella alguna queja?

Gon — Sí; la molesta la indiferencia conque usted la trata.

Poli — ¿Indiferencia? Es poco. Separación radical. Divorcio desde el primer momento; desde el último latín. ¡El cura cruz y yo raya! Tres meses hace que nos casamos y ni aún le he dirigido la palabra. ¡Yo soy un hombre!

Gon — Lo sé; pero yo creo don gon Poli, que debía usted deponer esa actitud. A usted la muchacha le gusta; usted la quiere.

Poli — ¡Miente usted! Usted no puede saber eso, porque yo no se lo he dicho á nadie.

Gon — ¡Ah! Luego confiesa usted...

Poli — (Vencido, sumiso.) ¡Sí, sí! (Revelándose contra sí propio.) ¡Pero no!

Gon — El médico cree que esos ataquillos que le dan á usted, son debidos á que sostiene usted una gran lucha entre su egoismo y el amor... don gon ¡el amor! que se adueña de usted...

Poli (Rendido.) Sí.

Gon (Apretando más que un dolor.) Usted la ama, usted siente deseos de decirla, don gon tus ojos mandan; qué tienes en la don gon mirada...

Poli (Saltando.) ¡Madrigales, no! Eso quisieran los otros, los del lazo. ¡Ah! ¡Canallas!...

Gon No se altere usted, don gon Poli.

Poli (Excitadísimo.) ¡Hacerme ir al altar!... Hacerme abandonar mi casa de Vicálvaro, mientras se ultimaban los detalles para la boda... ¡Y qué detalles! ¡Y sobre todo, hacerme venir á Madrid y quedarse ellos en mi finca, sin querer abandonarla bajo ningún concepto!... ¡Ah! Pero, por fortuna hay una justicia recta. A estas horas el Juzgado de Vicálvaro los habrá puesto de patitas en la carretera. Por cierto, amigo don Gon, que no me ha dado usted cuenta de ese particular. ¿Se ha verificado ya el lanzamiento?

Gon Sí, señor; hace más de un mes.

Poli (Radiante.) ¡Ah!

Gon No le había dicho nada, porque como usted se excita tanto... y luego el Juzgado ha don gon metido la pata.

Poli ¿Eh?... ¿Qué ha hecho?

Gon (Indeciso.) Pues que... los ha echado de la casa con muebles y todo.

Poli ¡¡Mis muebles!!... ¡¡Don Gon!!

Gon ¡Jiménez!

Poli ¡Porras! (Excitadísimo.) ¡Mis muebles! ¡Mis muebles!

Gon (Viendo salir á MARGARITA por el último término de la derecha.) ¡La señora! (Don Poli se contiene y queda en un extremo de la escena, mirando á Margarita replegado, encogido, como un tigre antes de saltar sobre su presa.)

Marg. Buenos días, don Poli. Buenos días, Jiménez.

Gon Buenos días, don gon señora.

Poli (¡Y que este ángel sea hija de un criminal!... ¡Porque es un angel; idiota, pero un ángel!)

Marg. (Muy cortada.) ¿Estás mejor... don Poli? (Don Poli contesta con un gruñido.)

Gon (A don Poli.) Que es su... esposa. Que hay que ver lo don gon guapísima que está.

Poli (Rendido.) ¡Sí!... (Rebelándose de nuevo.) ¡No! ¡Mi sombrero! El médico me esperaba para darme la corriente eléctrica. Si algo ocurre, allí estoy.

Marg. (Dándole el sombrero.) Toma. (Don Poli se acerca á ella tembloroso, comiéndosela con los ojos y le arrebata el sombrero.)

Gon (Aparte, animándole.) ¡Don Poli!...

Poli ¡Sí!... ¡No!... (Encasquetándose el sombrero.) ¡Eso quisieran los otros! Hay que ser hombres. ¡Madrigales, no!... (Se va hecho un energúmeno.)

Marg. (Apenadísima.) ¿Lo ve usted?... Soy muy desgraciada, señor Jiménez!

Gon No, señorita.

Marg. Señora, Jiménez. (Con tristeza.) Es decir, puede usted llamarme señorita: tiene usted razón.

Gon Hoy puede usted cantar el don gon Hossanna, el Sursum don gon corda. Don Policarpo Guerra la ama á usted.

Marg. ¿Eh?

Gon Me lo ha dicho hace un instante; la ama á usted con pasión cadetesca.

Marg. (Contentísima.) ¡Jiménez!

Gon En su corazón de roca, han hecho un milagro sus ojos de usted y las corrientes don gon eléctricas.

Marg. ¡Ay, qué feliz soy! Voy á escribírselo á mis padres.

Gon Escríbaselo, pero que no vengan. No tengo el gusto de conocerles, pero... que no vengan. Sería contraproducente.

Marg. Descuide usted. ¡Ay, qué contenta estoy, Jiménez!

Gon Y yo.

Marg. En seguida vuelvo. Haga usted el favor de llevar ese servicio á la cocina. (Vase por la primera puerta de la derecha.)

Gon Con mucho gusto. (Tomando el servicio.) Soy su esclavo: es la única persona en este mundo que no me llama don Gon. (Hace mutis por la segunda puerta de la derecha. Se va diciendo:) Qué tienes en la don gon mirada...

(Se abre sigilosamente la mampara y asoma la cabeza de DOÑA ROSA.)

Rosa (Entrando.) ¡Nadie! (A alguien que ha quedado fuera.) ¡Márchate!

Cel. (Entrando.) No, Rosa; no te dejo á merced de las fieras en su propio cubil.

Rosa Pero si Poli está en la calle.

Cel. No importa. Puede estar don Gon, é ignoro qué instrucciones tendrá respecto á nosotros.

Rosa Es que...

Cel. No insistas. Bien que tú seas nuestro paladín, pero deja al menos que yo sea tu escudero.

Rosa (Contemplando el desorden de la oficina.) Mira, Celes, qué páramo.

Cel. ¡Esto, Fabio, ay dolor!

Rosa Esto no puede continuar así. ¡Los negocios abandonados!... Estamos perdiendo el dinero.

Cel. Alguien llega.

Rosa Eres mudo.

(Entra DON GON por la segunda puerta de la derecha.)

Gon ¿Eh? ¿Quién?

Rosa Buenos días. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Gon ¿Qué don gon desean ustedes?

Rosa ¡Qué grosero!

Gon Con el señor don gon Jiménez.

Rosa Deseaba ver á la señora.

Gon No recibe.

Rosa He leído en *El Liberal* que...

Gon (Extrañado.) ¡Cómo! ¿Viene usted á ofrecerse?...

Rosa Sí, señor. Conozco á la familia de la señora y... vengo recomendada.

Gon ¡Hola! Y oiga usted: en don gon confianza. ¿Son tan...

Cel. ¿Tan qué?

Rosa Eres mudo.

Gon ¿Tan sinvergüenzas como dicen?

Cel. ¡Que reviento, Rosa!

Gon Porque según tengo entendido, él, por lo fresco, es una especie de oso polar; pero ella... ella es don gon la osa mayor.

Rosa (A su marido, solemnemente.) ¡Celestino, pégale!

Gon ¿Eh?

Marg. (Por la primera puerta de la derecha.) ¡Papá! ¡Mamá!

Cel. ¡Hija! (Se abrazan.)
Gon (¡Plancha!)
Marg. ¿Pero qué es esto?
Cel. Hambre, hija mía; hambre de verte.
Marg. ¿Y León? ¿Y las niñas?
Rosa En el tupi cercano, comiéndose el último tapiz de Vicálvaro.
Marg. Pero ..
Cel. Sí, Margarita, sí. ¡Arruinados! A ti acudimos con nuestro modestísimo sable levantado. Pero ya hablaremos de esto; ocupémonos ahora de ti. Tus cartas son oscuras, imprecisas. Eres desgraciada, ¿verdad?
Marg. No; hoy no. Ya no. ¡Poli me quiere, me ama!
Rosa ¡¡Celes!!
Cel. ¡¡Rosa!!
Rosa ¡Capicúa! ¡La quiere! Hija de mi alma; corre, tráeme un delantal. Me quedo. Nos quedamos.
Cel. Sí; nos quedamos.
Marg. ¡Pero!...
Gon ¿Eh?...
Cel. Avisemos á esos. (A don Gon.) Caballero, olvido la ofensa. Corra al tupi de San Pelayo. En una mesa á orillas del mostrador, están las tres señoritas de Pierna, mi hijo y una doméstica. Mi hijo toma una chica de cerveza, la doméstica otra, y las tres Piernas media tostada. Acérquese y dígales: vuestra hermana espera.
Marg. Sí.
Cel. No confunda usted el grupo descrito, con otro grupo burgués que vermutea al lado. Reconózcalos por el consumo; ya sabe: mi chico una chica, la chica otra chica, las tres Piernas con medias; corra usted.
Gon Es el caso que yo...
Marg. Sí, Jiménez; quiero verles. Vaya usted.
Gon Usted lo manda: sea lo que don gon Dios quiera. (Se va por la izquierda.)
Rosa ¿Tardará mucho tu marido?
Marg. Sí; está en casa del médico. Ahora le aplican corrientes electricas para curarle esos ataques que le dejan sin movimiento, como paralizado.
Rosa ¡Pobrecito mío!

Cel. ¡Hijo de mi alma!

Rosa ¡Tú amada por él! ¡Tú!

Marg. Aun no me lo ha dicho, pero me quiere. También yo le quiero y tampoco se lo he confesado aún.

Rosa ¡Falta la chispa, la chispa! Pero aquí estoy yo, hija mía. Antes de una hora ese hombre caerá de rodillas á tus piés. Toma; llévate mi sombrero, tráeme un delantal y confía en mí.

Marg. En seguida. (Se va por la derecha primer término llevándose el sombrero de doña Rosa.)

Rosa Nos hemos salvado, Celeste.

Cel. ¿Tienes ya algún plan?

Rosa Capicúdico; escribe. Tú sabes imitar la letra iturzaeta de Margarita.

Cel. (Disponiéndose á escribir.) Dicta.

Rosa (Dictando.) «Poli: ven. Sé que me amas, y yo te adoro: ven. Hoy me siento feliz, porque me quieres y porque puedo decirte ¡Poli! ¡Poli mío!... (Dudando.) Escucha, Celeste, ¿cómo le diríamos de una manera encubierta y apasionada que va á tener sucesión?

Cel. (Saltando.) Pero, Rosa, ¿es de veras que...?

Rosa No sé. Para mi plan es preciso que él se lo crea. Ante este dulce engaño, Poli, que es de cera moldeable, se derretirá y consentirá nuestra permanencia en su casa.

Cel. Tienes razón. (Repasando la carta.) «Poli... Poli mío...» ¡Ya! ¡Ole!

Rosa ¿Eh?

Cel. (Escribiendo.) «¡Poli, Poli mío... vas á tener familia.»

Rosa Muy bien; pero subrraya la palabra, que comprenda su significado. No se vaya á imaginar que esa familia somos nosotros.

Cel. Ya está.

Marg. (Por la derecha con un delantal.) Tome usted, mamá.

Rosa Gracias. (Se lo pone.)

Cel. Ven, monísima; firma esta carta que le escribes á tu marido.

Marg. ¿Qué le digo?

(Ruido de voces dentro.)

Cel. Luego la leerás, pero firma, que están ahí ya tus hermanos.

Marg. (Muy contenta.) ¡Ay! (Firma la carta y se dirige hacia la puerta de la izquierda. Don Celestino introduce la carta en un sobre y la pone la dirección.) ¡Todos! ¡Aquí están todos!

(Entran en escena LEÓN, NIEVES, TINA, OLIVA y JUANA, que conduce, como siempre, un par de líos de ropa. Abrazos, besos, etc., etc.)

León ¡Hermana!

Nieves ¡Margarita!

Tina ¡Chica!

Oliva ¡Por fin!

Juana ¡Señorita!

(Forman animado grupo.)

Rosa (A don Celeste.) Míralos, Celeste; apiñados. ¡Qué hermosa es la unión de la familia!

Gon (Que ha entrado en escena el último. Contemplando la reunión.) (¡Como venga don Policarpo Guerra, me río yo del don gon juicio final!) (Acercándose á don Celeste.) He tenido que pagar las cervezas y las medias de las chicas, porque ellos no tenían dinero.

Cel. Es usted muy amable.

Gon Bueno, pero...

Cel. Gracias.

Gon (¡Polaı!)

Cel. Ahora, busque usted á mi hijo don Poli, y entréguele esta carta de mi hija su esposa. (Le da la carta.)

Gon (Escamado.) ¿Es carta agradable?

Cel. Es una lluvia de grajeas.

Gon Lo digo, porque como el señor Guerra tiene tan mal carácter...

Rosa Mal carácter, pero no hay corazón como el suyo. Yo podría describir á usted hermosas acciones de Guerra.

Cel. Que el tiempo vuela, Rosa. (Á don Gon.) Corra, llévele esa carta.

Gon (Escamadísimo, mirando el sobre.) Dice usted que no hay cuidado, ¿verdad? Porque cuando está sometido á la corriente eléctrica, cualquier cosilla... don gon... le...

Cel. No abrigue usted el menor recelo. Corra: tome... un coche...

Gon No; si el médico vive ahí á la vuelta.

Rosa Pues no pierda tiempo; se lo suplico.

Gon (Haciendo mutis por la izquierda.) Me escama á mí esta don gon cartita. (Mutis.)

Rosa Bomba, hijos míos: una palabra, ahora que estamos solos. (Expectación.) Es preciso que nos quedemos en esta casa; no tenemos otra solución; pero no vivamos de la merced, sino del trabajo. Trabajemos. Poli vendrá en breve bajo la influencia de la más inusitada alegría. Vendrá radiante.

Cel. ¡Espléndido!

Rosa ¡Sublime! Puede que nuestra presencia entibie su alborozo; pero si nos ve afanados, trabajadores, sumisos, esclavos, su tibieza será como nube septembrina. Trabajemos. En esta oficina faltan cerebros y brazos: sirvan los nuestros. Tú, León, al Diario; Celes, al Mayor; tú, niña... á la máquina. Yo, á la Caja; y vosotras arreglar la casa; ¡que el desierto se torne en oasis!

Todos ¡Bravo! ¡Bien! ¡Vamos!

Marg. (A sus hermanastras Tina, Oliva y Nieves, indicándoles la segunda puerta derecha, por la que hacen mutis.) Por aquí. (A Juana.) Ayúdame, Juana. (Doña Rosa, Juana y Margarita, arreglan en un periquete la oficina.)

León (Tomando «El Liberal».) Yo al diario.

Cel. A ese diario no, Leoncito, no seas fresco. (Á Margarita.) Escucha, monina; tú estás segura de que te quiere, ¿verdad?

Marg. Con pasión cadetesca.

Cel. No son figuraciones tuyas, ¿eh?

Marg. No, papá.

Rosa Oyeme; y esos ataques que le dan, ¿son furiosos?

Marg. Al contrario, se queda como una estatua: paralizado, sin poder hacer movimiento alguno.

Cel. ¡Ah!

Marg. Y vean ustedes qué cosa tan rara: durante los ataques se entera de todo cuanto se dice, y luego, cuando se le pasa, recuerda perfectamente lo que ha oído.

Rosa Sí que es raro.

Cel. Bueno, cada uno á su puesto. Secundemos fielmente los planes de mamá.

(Cada uno ocupa su sitio.)

Juana — ¿Qué hago yo, señorita?

Rosa — Tú á la prensa: aquí. (Juana se coloca al lado de la prensa que estará a la derecha primer término.)

Marg. — Alguien sube.

Cel. — ¡Atención!

(Trabajan todos sin mirar á la mampara: ésta se abre y entra DON GON desencajado, lívido, sin sombrero, con los pelos en desorden y un ojo ribeteado.)

Marg. — (Asustada.) ¡Jiménez!

Gon — ¡Don gon, don gon, don gon!...

Rosa — ¿Eh?...

Cel. — ¿Qué pasa?

Gon — ¡Lo que yo me temía: la carta: la corriente!...

Rosa — ¿Cómo? ¿Qué ha sucedido?

Gon — Una tragedia y una tragedia eléctrica, señora. Le dí la carta cuando le estaban aplicando una corriente de tres caballos. Rasgó el sobre, convulso, y comenzó á leer sonriendo don gon baboso, pero al llegar al final, lanzó un grito, se arrojó sobre mí, y me dió primero un golpe de ocho vatios en este ojo, y luego una patada de tres caballos en la cadera.

Marg. — ¡Dios mío!

Gon — Comenzó á gritar como un loco: el médico al verle tan excitado, le siguió la corriente y yo, don gon, huí aterrado.

Cel. — ¡Rosa!

Gon — (Á Margarita.) ¿Qué le decía usted en esa carta, señora?

Marg. — ¿Qué le decías, papá?

Cel. — ¡Rosa, tú!...

Rosa — ¡Entrañas de hormigón! ¡Corazón de porland! ¿Pero tanto horroriza á ese hombre neroniano la idea de tener sucesión?

Marg. — ¿Eh?

Gon — ¡¡Señora!! ¿Pero es eso lo que le decían en la carta?

Rosa — Eso: una agradable mentira...

Gon — ¡Un imposible! ¡Pues buena la ha hecho usted!

Cel. — ¿Eh?

Rosa — ¿Un imposible?

Gon — ¡Claro, señora: un imposible porque... vamos!... ¡Caramba, que... el Cura dijo cruz y

don gon Poli raya! ¡Vamos, que no puede ser!

Rosa ¡Dios mío!

Gon Hágase usted cargo. Y como yo soy el que la acompaña á todas partes pues... Así quería don Gon matarme, y con razón.

Cel. ¿Qué has hecho, Rosa?

Rosa Meter la pata, Celeste. Esta capicúa, me ha fallado.

Cel. Tengo miedo. Vámonos. Si ese ogro regresa macábrico y nos encuentra en su domicilio...

Rosa Sí, vámonos.

Gon (Ante la mampara.) ¡Atrás! (Asombro en todos.) De aquí no sale nadie!

Marg ¡Jiménez!

Gon ¡Nadie! Don gon Poli me cree un sinvergüenza; peligra mi vida. Aguardad á que venga y decidle la verdad. De mis labios no la don gon creería.

León (Amenazador.) ¡Paso!

Gon No me asusta usted. Mi vida es primero. Nominativo don gon yo.

Marg. (Suplicante.) Comprenda usted, Jiménez, que vendrá furioso y si los encuentra aquí...

Gon ¡Genitivo don gon yo!

Cel. ¡Basta! O se quita usted de la puerta, ó le doy un silletazo. (Empuña una silla.)

Gon Dativo don gon yo también. (Empuña otra silla.)

Juana (Desde la ventana del fondo.) ¡Don Poli!... ¡¡Don Poli!!

(Grito de terror en todos.)

Rosa ¡Calma! Cada uno á su puesto. (Obedecen atropelladamente.) ¡Juana, á la prensa!

Cel. ¡Para tú el golpe, Margarita!

Marg. Pare usted el golpe, Jiménez!

Gon El don golpe que lo pare el Nuncio. (Se coloca en el primer término de la derecha detrás de la prensa.) ¡Tápame, muchacha! (Se apoya en la prensa de copiar.)

Rosa ¡Trabajar todos!

Juana Sí, señora. (Le da vueltas nerviosamente al volante y le coge con la prensa una mano á don Gon.)

Rosa (Dando un salto y un grito.) ¡Ay!

Juana (Asustada, gritando también.) ¡Ay!

Gon ¡Afloje usted, que estoy cogido! (Juana aprieta.) ¡Que está usted don gon apretando! ¡Animal. (Le va á pegar con la mano que tiene libre y Juana huye dejándole solo.)

(En este momento se abre de un golpe la mampara y entra DON POLI en escena. Trae en la mano la carta de marras y viene furioso, loco. Hay un momento de verdadero terror en todos los personajes; doña Rosa se oculta con la puerta de la caja, don Celestino mete la cabeza entre las hojas del libro Mayor; León se tapa con el Diario y Juana se parapeta tras de Margarita.)

Poli (Sin ver más que á don Gon y dirigiéndose á él con las manos crispadas.) ¡Ah, miserable! ¡Estás cogido!

Gon (Temblando.) ¡Don gon, don gon Poli!...

Marg. (Miedosa.) ¡Poli!...

Poli (A Margarita.) ¡Infames! ¡¡Tú aquí con él, y sola!!

Marg. ¡Sola, no!

Poli ¿Eh?

(Al mismo tiempo que don Poli pasea la mirada por la escena haciendo gestos de terrible sorpresa, los demás nerviosos, alocadamente, simulan trabajar.)

Cel. (Escribiendo con una regla y levantando mucho el codo para librarse de una acometida.) Cuatro acciones del Norte... Veinte azucareras... (Tira el tintero y se llena los dedos.) Un río tinto...

Poli (Con la boca abierta y temblando como un azogado.) ¿Pero... qué... es.. esto?

Rosa (Dejándose ver.) Aquí hay una partida de...

Poli ¡Canallas! ¡Ah! (Estremeciéndose.) ¡Aaaah! (Como si le aplicaran una corriente eléctrica.) ¡Ah! (Y queda en pie ó sentado en la postura y con el gesto que el actor prefiera, pero sin mover un solo músculo.)

Marg. (Acudiendo al lado de don Poli.) ¡El ataque!

Gon (Safándose á duras penas de la prensa.) ¡El ataque!

Cel. (Respirando á sus anchas.) ¡Loado sea Dios!

Rosa (A todos en voz baja.) ¡Silencio, que oye!... ¡Que oye!

Marg. ¡Poli!

Rosa (Besándole.) ¡Hijo mío!

León (Trágico.) ¡Hermano!

Cel. (Besándole.) ¡Hijo, hermano... padre!

Rosa (A Margarita en voz baja.) ¿Ve?

Marg. (Idem.) ¡No!

Rosa (En voz muy alta.) No llores, Celes; no llores, León; no lloreis, niñas, es solamente un pasmo nervioso. (En un grito como horrorizada.) ¡Quieta, Margarita, atrás! ¡Sujetadla! ¡Ese puñal!

(Todos se asustan.)

Marg. (Asustadísima.) ¡Mamá!

Rosa (Indicándola que se calle y continuando en el tono alto.) ¡Era cierto! ¡Quieres matar á tu marido y suicidarte tú después!... ¡Pues bien, no!

(Todos escuchan á doña Rosa asombrados.)

Gon Pero, don gon... que...

Cel. (Tapándole la boca y con voz terrible.) ¡Miserable! ¡No! (Bajo á don Gon.) Calle usted, hombre. (Muy alto.) ¡Ah, infortunada!

Rosa ¡No la maltrates! Por fortuna conocimos á tiempo su plan, y aquí estamos para impedirlo. (Acariciando á don Poli.) ¡Matar á este ángel y matarle por amor! No, hijo, no; el amor no mata; el amor redime, salva, besa. (Besa á don Poli.) Bésale tú ahora que él no puede rechazarte.

Marg. (Besándole.) ¡Poli!

(Don Poli se estremece y sonríe.)

Cel. (Bajo á Margarita.) ¡Repite, niña! (Margarita besa de nuevo á su marido.)

Rosa Pensar que hemos venido á salvarle... Porque tú le anunciaste nuestra llegada; ¿verdad, Margarita? Tú le decías en esa carta: (Muy al oído de don Poli.) «Poli, Poli mío, vas á tener familia.» ¡Familia! ¡Nosotros! Una familia amante.

Cel. ¡Desinteresada!

León ¡Trabajadora!

Rosa Eso sí. Continuad trabajando. Que el fiel don Gon...

Gon (Bajo á doña Rosa.) ¡Jiménez!

Rosa Que el fiel Jiménez, que es un caballero y un sabio...

Gon (Al oído de don Poli.) ¡Y una persona decente!

Rosa Os enseñe. (Separándose de don Poli.) Si durante este ataque no ha oído, nos hemos reventado.

Marg. (Por don Poli.) ¡Ya se le va pasando!... ¡Ya vuelve!

Cel. (Intentando huir.) Ya vuelvo.

Rosa ¡Quieto! (A Margarita.) Tú, á sus pies. (Llamando á sus tres hijas, que salen por donde se fueron.) ¡Niñas! ¡Niñas! Quememos el último cartucho.

Cel. Va á ser de dinamita, Rosa.

Rosa ¡Silencio! Compongamos el más amante de los cuadros. Usted delante, don Gon.

Gon ¡Un don gon cuerno!

Rosa ¡Aquí todos! (Forman grupo un poco separados de don Poli.) ¡Cariño en la expresión; anhelo en el gesto! ¡Así! (Adopta una postura y un gesto de exagarada expectación.)

(Don Poli hace movimientos; da muestras de volver á la normalidad.)

Cel. (¡Dios mío, que haya oido!)

Poli (Suspirando.) ¡Ay!

Cel. ¡Ay, mi madre!

Rosa (Por don Poli.) ¡Ya! (Se santigua.)

Poli (Abre los ojos y ve á Margarita que está á sus piés.)

Marg. (Amorosa.) ¡Poli!

Poli (Amorosísimo.) ¡Mi vida!

(Todos respiran satisfechos.)

Marg. ¿Qué dices?

Poli Sí, mi vida; idiota, pero mi vida. (Se dispone á abrazarla, advierte la presencia de los demás y se contiene.) ¡Ah!... ¡Sí!... ¡Aquella familia, era esta familia!

Rosa Poli... nuestra presencia en esta casa...

Cel. Oyeme...

Poli ¡No! ¡No! (Conmovido.) ¡Celeste!... ¡Gracias! (A doña Rosa.) ¡Gracias, señora!

(A un tiempo.)

Marg. ¡Poli!

Cel. ¡Padre!

Rosa ¡Hijo!

Nieves, **Tina**, **Oliva** ¡Hermano!

León ¡Héroe!

Poli Ya que habeis velado por mi vida, velad por mi hacienda. Trabjad todos: es decir, todos no. (A doña Rosa.) Usted... tú, no.

Rosa Gracias, Poli; porque en el estado en que me encuentro... (Ruborizándose.)

Poli ¿Eh?

Rosa (Roja como un tomate.) ¡Sí! ¡Las aguas de Vicálvaro!...

Poli ¡Celeste!

Cel. ¿Qué quieres, Poli? Es una capicúa que nos ha sorprendido.

Rosa (Mirando al cielo.) ¡Eramos pocos y...!

Poli ¡Yo seré el padrino!

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Novena edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Quinta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa.

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Gay.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música dei maestro Rafael Calleja.

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos.

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de virtudes, comedia en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.

La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos.

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

En preparación

El jicarazo, novela de costumbres andaluzas.

Precio: DOS pesetas